

A SAN JOSÉ

Una de las causas, quizá la principal, de mis continuas caídas en el pecado, es, glorioso Patriarca José, mi criminal indiferencia por todo lo que se refiere al servicio de Dios y a la salvación de mi alma, mi falta de asistencia al santo templo, *mi escasa o ninguna devoción*, cuyo remedio vengo a pedir hoy a mi Señor Jesucristo por vuestra poderosa mediación. No me neguéis esta gracia vos, que fuisteis modelo perfecto de devoción; vos, que os apresurasteis a correr al templo, en cumplimiento de la ley, a presentar y ofrecer al Eterno Padre el precio de la redención del mundo, el divino Jesús. ¡Qué ejemplo tan elocuente de sumisa devoción! Pedid, os lo suplico humildemente, pedid al amantísimo Jesús que encienda en mi alma la llama de la devoción que consumía la vuestra, y que así como a vos os declaró sus inefables misterios por medio del anciano Simeón y de la profetisa Ana, causándoos a la vez un dolor profundí-

simo por la Pasión de Jesucristo y una alegría inefable por la redención del mundo, hiera mi corazón con el dolor de haberlo ofendido y con la alegre esperanza del perdón. Conseguidme la gracia de estar de día y de noche en el templo postrado a los pies de Jesucristo, llorando amargamente mi negra ingratitud y alabando y publicando su infinita misericordia.

Jaculatoria.—¡Oh gloriosísimo San José! Infundid en mi corazón sentimientos de piedad y devoción.

Oración. pág. 26.

VIGESIMOTERCERA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Se imponen grandes fatigas y se exponen a muchos peligros los cristianos que visitan los lugares de Tierra Santa, en que nuestro Salvador amantísimo nació, padeció y murió. Nosotros no tene-

mos necesidad de emprender tan largo viaje ni de exponernos a tantos peligros; cerca de nosotros está el mismo Señor que habita en la iglesia, a pocos pasos de nuestras casas. Si los peregrinos, dice San Paulino, tienen por gran ventura traer de los Santos Lugares un poco de tierra del pesebre o del sepulcro donde fue sepultado Jesús, ¡con qué ardor deberemos visitar al Santísimo Sacramento, donde está en persona el mismo Jesús, sin que tengamos que exponernos a tantos peligros! Una persona religiosa a quien Dios infundió gran amor al Santísimo Sacramento escribía en una carta, entre otros, estos afectos: «Veo que todo mi bien y mi conversión proceden de Él, y que pertenezco a la gloria de Dios en el Santo Sacramento, a quien me he dado, dedicado y consagrado por completo... Veo que hay innumerables gracias, que no se conceden, porque no se acude a nuestro Señor en este divino misterio, y veo también el gran deseo que tiene de comunicarse y glorificar abundantemente a la Santísima Trinidad. ¡Cuán grande eres, santo y sa-

grado misterio! ¡Sagrada Hostia, cuantas maravillas encierras! En esta Hostia nos hace patente Dios su poder, ya que en ella encierra cuanto ha hecho... No tenemos por qué envidiar a los bienaventurados, aun cuando poseen a nuestro Señor en el cielo, pues nosotros lo poseemos también verdaderamente en la tierra, en el Santísimo Sacramento, donde nos muestra, según me parece, mayores maravillas de su poder y de su amor... Procurad que todos aquellos a quienes habléis se consagren de nuevo al Santísimo Sacramento, y perdonad que hable así, porque este Sacramento me saca fuera de mí y no puedo menos de hablar de Él y nombrar al Santísimo Sacramento, con quien me unen tantas obligaciones y que tanto merece ser amado. No sé qué más decir, pero me parece que me complaceréis.» Así termina la carta.

¡Oh serafines, que estáis dulcemente ardiendo de amor en torno a vuestro Señor y a mi Señor, y que, sin embargo, no por vuestro amor, sino por el mío, ha querido este Rey del cielo quedar

en este Sacramento. Permitid, ángeles amantes, que me abrase en su amor, y comunicadme el vuestro, para que en vuestra compañía yo también arda amorosamente. Jesús mío, haced que yo conozca la grandeza del amor que tenéis a los hombres, para que, a vista de tanto amor, se aumente cada vez en mí el deseo de amaros y complaceros. Os amo, Señor amabilísimo, y quiero amaros siempre con el solo fin de agradaros.

Jaculatoria.—Jesús mío, creo en Vos, en Vos espero, os amo y a Vos me entrego.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Amabilísima Virgen, San Buenaventura os llama *Madre de los huérfanos*, y San Ffrén, *Amparadora de los huérfanos*. ¡Ah!, que estos miserables huérfanos no son más que los pobres pecadores que perdieron a Dios. A Vos, pues, recurro, María Santísima; perdí a mi Padre; pero Vos sois mi Madre, y haréis que vuelva a encontrarlo. En tama-

ña desgracia mía, os llamo en mi ayuda para que me socorráis. ¿Quedaré desconsolado? No; me dice de Vos Inocencio III: «¿Quién la invocó y no fue atendido por Ella?» ¿Y quién ha orado ante Vos sin haber sido oído y favorablemente despachado? ¿Quién se perdió que hubiera a Vos recurrido? Sólo se pierde quien a Vos no acude. Así, pues, Reina mía, si me queréis salvar, dadme la gracia de invocaros siempre y confiar en Vos.

ORACION SACADA DE SAN AGUSTIN Y SAN BERNARDO

Si deseamos sinceramente gracias, busquémoslas por medio de María, porque Ella obtiene todo lo que pide, y sus peticiones no pueden ser rechazadas.

Acordaos, ¡oh María!, que jamás se ha oído decir de Vos en el mundo que ninguno de los que han reclamado vuestra protección haya sido desamparado de Vos.

¡Oh Madre de Dios! Vos rogáis por todos y principalmente por los pecadores. Dignaos, pues, pedir también por mí, pecador más grande que todos los demás, y por ello mismo más necesitado de vuestra compasión. Vos veis la urgente necesidad que tengo de vuestra intercesión. Interesaos, pues, por mí ante el Señor; obtenedme la gracia de una sincera conversión y de la santa perseverancia hasta la muerte.

Jaculatoria.—María mía, dadme confianza en Vos.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Dice el venerable Granada, y es doctrina común de los maestros de la vida espiritual, que no hay verdadera virtud sin mortificación; y preguntado un santo anacoreta cómo había conseguido llegar a muy alta perfección, respondió: «Mortificando mi carne y no haciendo jamás mi voluntad.»

¡Desgraciado de mí! ¡Y pretendo yo

ser virtuoso, y aun perfecto, sin mortificar mi carne, que es una bestia asquerosa que no anhela más que revolcarse en el lodo de la sensualidad, y sin contrariar en lo más mínimo mi voluntad, enteramente opuesta a la voluntad de Dios? Compadeceos de mí, bondadoso Patriarca San José, y alcanzadme de Jesús *el espíritu de la mortificación*, en la cual debo ser purificado como el oro en el fuego para hacerme digno de Él.

¡Él, obediente y mortificado hasta enclavar en la cruz su voluntad y su carne santísima, y yo tan voluntarioso y tan amigo de los placeres!... ¿Y no me avergüenzo de llevar el nombre de cristiano, un nombre tan santo que es en mí un cruel sarcasmo? Por piedad, protector mío, no permitáis que me separe de Jesús, en cuya presencia estoy, sin que me conceda el espíritu de mortificación, indispensable para marchar sin tropiezos por el camino de la virtud, único que conduce a la perfección a que aspiro llegar con vuestro poderoso patrocinio.

Jaculatoria.—¡Oh pacientísimo San José!

Haced germinar en mi corazón los sentimientos de la hermosa virtud de la mortificación.

Oración, pág. 26.

VIGESIMOCUARTA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Vos sois verdaderamente Dios escondido (Is., 45, 15). En ninguna otra obra del amor divino se verifican tanto estas palabras como en este misterio adorable del Santísimo Sacramento, donde Dios está del todo escondido. En la Encarnación ocultó el Verbo eterno su divinidad y apareció en la tierra hecho hombre; pero al quedarse con nosotros en este Sacramento, Jesús esconde también su humanidad, y sólo descubre, dice San Bernardo, la apariencia de pan, para demostrarnos la ternura de amor que nos tiene. Se oculta la divinidad, se oculta la humanidad, y sólo quedan patentes

las entrañas de la caridad. Amado Redentor mío, a vista del exceso de amor que tenéis a los hombres, quedo fuera de mí y no sé qué decir. Vos, en este Sacramento, llegáis por su amor a esconder vuestra majestad y abatir vuestra gloria y destruir y anonadar vuestra vida divina, y mientras estáis en los altares se diría que no tenéis otro oficio que el de amar a los hombres y manifestarles el amor que les tenéis. Y ellos, ¿cómo os lo agradecen, excelso Hijo de Dios? ¡Oh Jesús, oh amante (dejádmelo decir) excesivamente apasionado de los hombres, pues veo que anteponéis su bien a vuestra propia honra! ¿No sabíais los desprecios a que habíais de exponeros por este amoroso designio vuestro? Veo, y mucho antes lo visteis Vos, que la mayor parte de los hombres no os adoran ni os quieren reconocer por lo que sois en este Sacramento. Sé que muchas veces estos mismos hombres han llegado a pisotear las hostias consagradas y arrojarlas por tierra, al agua o al fuego; veo más: que la mayoría, hasta de los que en Vos creen, en vez de repa-

rar tantos ultrajes con sus obsequios, vienen, ¡oh Dios!, a las iglesias a disgustaros más con sus irreverencias, u os dejan abandonado en los altares, privado a veces hasta de luces y de los ornamentos necesarios.

¡Ah, si pudiese, dulcísimo Salvador, lavar con mis lágrimas, y aun con mi sangre, aquellos infelices lugares en que fue tan ultrajado este Sacramento de vuestro amor y vuestro enamorado Corazón! Mas si tanto no se me concede, a lo menos, deseo, Señor mío, y propongo visitaros a menudo para adoraros, como hoy os adoro, en reparación de los ultrajes que recibís de los hombres en este divinísimo misterio. Aceptad, Padre Eterno, este corto obsequio que en desagravio de las injurias hechas a vuestro Hijo sacramentado hoy os tributa el más miserable de los hombres, que soy yo. Aceptadlo, en unión de aquel honor infinito que Jesucristo os dio en la cruz y continuamente os da en el Santísimo Sacramento. ¡Ojalá yo pudiera conseguir, Jesús mío sacramentado, que to-

dos los hombres se enamoraran del Santísimo Sacramento!

Jaculatoria.— ¡Oh amable Jesús!, haced que todos os conozcan y os amen.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Señora mía poderosísima, en los temores de mi eterna salvación, ¡cuánta confianza siento al acudir a Vos y al pensar que sois, Madre mía, por una parte, tan rica de gracias, que San Juan Damasceno os llama *piélago de las gracias*; San Buenaventura, *fuelle donde confluyen todas las gracias*; San Efrén, *fuelle de gracia y de todo consuelo*; San Bernardo, *plenitud de todo bien*; y, por otra, al pensar que sois tan inclinada a hacer bien, que, como dice San Buenaventura, os juzgáis ofendida por quienes no os piden gracias. ¡Oh riquísima, oh sapientísima y clementísima Reina!, que mejor que yo conocéis Vos las necesidades de mi alma y que me amáis más de lo que yo mismo puedo amarme.

¿Sabéis, pues, qué gracia os pido hoy? La que conozcáis qué conviene mejor a mi alma; pedidla a Dios para mí, y quedaré contento.

ORACION SACADA DE DIVERSOS SANTOS PADRES

Vayamos con confianza al trono de la gracia para obtener la misericordia en el tiempo de la necesidad apremiante. Este trono de gracia, dice San Antonino, sois Vos, ¡oh divina María!, por cuyas manos el Señor dispensa todas las gracias.

¡Oh Madre de gracia por excelencia! Vos deseáis ayudar a los desgraciados y a los pecadores; he aquí uno a vuestros pies, que recurre a Vos en el exceso de su miseria y de su indigencia. Ayudadme prontamente, ayudadme, porque mi necesidad es extrema. Gran gloria de vuestra misericordia será salvar por vuestra intercesión a un pecador que mil veces ha merecido el infierno. Vuestro

poder ante vuestro divino Hijo es inmenso. Vos podéis obtenerme la gracia de llegar a ser santo por gran pecador que haya sido. Hacedlo por el amor que tenéis a vuestro Hijo adorable y por la compasión que tenéis a los afligidos. Yo os diré sin cesar con San Bernardo: Vos sois mi recurso, y después de Dios, toda mi esperanza.

Jaculatoria.—Dios mío, concededme las gracias que María os pida para mí.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Bendito seáis, glorioso Patriarca San José, bendito seáis. En vos encuentro remedio eficaz para todos mis males, viéndoos practicar sin dificultad todas las virtudes y evitar valerosamente todos los escollos en que yo tan fácilmente tropiezo. Bendito seáis, porque en cada acto de vuestra vida me dais un motivo para avergonzarme de mí mismo. Yo para todo lo bueno encuentro pretextos, que bien pronto convierto en

obstáculos invencibles, mientras que encuentro disculpable y hasta lícito todo lo malo por no privarme del más pequeño gusto. Vos, por el contrario, siempre estáis dispuesto a practicar el bien, y nunca jamás os vence el error, ni os sorprende la duda. ¿En qué consiste esto? ¡Ay! ¡Ya lo sé! Es que vos no tenéis más voluntad que la voluntad de Dios, con quien estáis por el amor enteramente identificado, y Dios no puede consentir que seáis víctima del error, ni aun de la duda. Es que yo he divinizado mi voluntad declarándome su esclavo, y como es ciega, me precipito con ella en el abismo de todos los males. Detened, por piedad, mis pasos, mi gloriosísimo Patrono, y salvadme, alcanzándome la gracia de renunciar por completo a mi voluntad, *conformándome en absoluto con la de Dios*, sin lo cual serán inútiles todos mis esfuerzos y segura mi perdición.

Jaculatoria.—Alcanzadme, amantísimo San José, que viva resignado en íntima amistad y conformidad con la voluntad de Dios.

Oración, pág. 26.

VIGESIMOQUINTA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Alaba San Pablo la obediencia de Jesucristo diciendo que obedeció al Padre hasta la muerte. Mas en este Sacramento pasó más allá, porque aquí quiso quedar obediente no sólo al Padre Eterno, y no sólo hasta la muerte, sino hasta el fin del mundo. Pudiéramos decir: hecho obediente hasta la consumación de los siglos. El Rey del cielo baja de él por obediencia al hombre: *Pero Yo no me resisto* (Is., 50, 5). Allí está, sin moverse, por Sí mismo; déjase poner donde le pongan: o expuesto en la custodia o encerrado en el sagrario; déjase llevar donde le lleven, por las casas o por las calles; déjase dar en comunión a quien lo den, sea justo o pecador. Mientras vivió en la tierra, dice San Lucas que obedeció a María Santísima y a San José; pero en este Sacramento

obedece a tantas criaturas como sacerdotes hay en el mundo. *Pero Yo no me resisto.*

Permitidme que hoy hable con Vos, Corazón amantísimo de mi Jesús, del cual salieron todos los Sacramentos, y principalmente este Sacramento de amor. Quisiera glorificaros y honraros cuanto Vos honráis y glorificáis en nuestras iglesias al Eterno Padre. Reconozco que en este altar me estáis amando con el mismo amor con que me amasteis cuando en la cruz consumasteis vuestra divina vida, entre tantas amarguras. Iluminad, ¡oh Corazón divino!, a los que no os conocen para que os conozcan. Librad con vuestros merecimientos, o, a lo menos, aliviad en el purgatorio a aquellas almas afligidas que son ya vuestras eternas esposas. Os adoro, os doy gracias y os amo con cuantas almas en esta hora os están amando en la tierra y en el cielo. Purificad, Corazón purísimo, el pobre corazón mío de todo apego a las criaturas, y llenadlo de vuestro santo amor. Poseed, Corazón dulcísimo, todo mi co-

razón, de tal modo que de hoy en adelante sea todo para Vos, y pueda decir siempre: *¿Quién me apartará del amor de Cristo?* (Rom., 8, 35). Grabad, Corazón santísimo, sobre mi corazón las tan amargas ansiedades que por tantos años sufristeis en la tierra, con tanto amor, por mí, para que a su vista anhele de hoy en adelante, o al menos sobrelleve con paciencia por vuestro amor, todas las penalidades de esta vida. Corazón humildísimo de Jesús: comunicadme parte de vuestra humildad. Corazón mansísimo: comunicadme vuestra mansedumbre. Quitad de mi corazón todo lo que os desagrade. Convertidlo todo a Vos, para que no quiera ni desee sino lo que Vos quisieréis. Haced, finalmente, que yo viva sólo para obedeceros, sólo para amaros, sólo para complaceros. Reconozco lo mucho que os debo y lo mucho que me tenéis obligado, y que aún haría poco en deshacerme y consumirme por Vos.

Jaculatoria.—¡Oh Corazón de Jesús!, sois el único Señor de mi corazón.

Comunión espiritual. pág. 21

A MARÍA SANTÍSIMA

San Bernardo dice que María es el arca celestial, en la que con certeza nos libraremos del naufragio de la eterna condenación si con tiempo nos refugiamos en Ella. También fue figura de María el arca en que Noé se salvó del diluvio universal. Pero dice Esiquio que María es arca aún más grande, más fuerte y más comprensiva. Pocos fueron los hombres y animales que aquélla recibió y salvó; pero nuestra Salvadora recibe a cuantos se refugian bajo su manto, y a todos los salva con seguridad. ¡Pobres de nosotros si no tuviéramos a María! Pero, ¡cuántos, Reina mía, se pierden! ¿Por qué? Porque no recurren a Vos. ¿Quién se perdería si recurriese a Vos?

Jaculatoria.—María Santísima, haced que todos recurran siempre a Vos.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Dice San José de Calasanz que nada pidió a Dios por medio de la santísima Virgen María, de quien era devotísimo, que no le fuera concedido; y Santa Teresa de Jesús, devotísima del esposo castísimo de la Virgen, dice a su vez que nada la negó Jesús por intercesión del Patriarca San José, y ambos santos fundadores aconsejan a sus hijos respectivos una devoción sin límites a María y a José, llegando en su piadosa confianza a considerar como predestinados a los devotos de José y de María, que no pueden consentir que se pierdan eternamente los que en ellos confían. ¡Oh bendito Patriarca José! Y yo, que sé todo, ¿vivo olvidado de vos y de María? ¿Y dejo pasar el tiempo, y espero la muerte, y con ella mi perdición eterna, sin volver mi corazón a vos y a María para que intercedáis por mí, consiguiéndome el perdón de Jesús? No lo consintáis por más tiempo.

Haced que mi corazón se aficione a

María y a vos de tal suerte, que sólo ame a Jesús como vos y María. Así me haré digno de vuestro cariño y de vuestra poderosa protección, cuando por el pecado tenga la desgracia de ofender a vuestro Hijo Santísimo. Concededme, piadosísimo José, *la gracia de ser devoto de María y de vos*, y viviré seguro de que no me faltará vuestro valimiento, ni durante la vida ni en la hora de la muerte.

Jaculatoria.—¡Oh santo amado! Protegedme. ¡Oh piadosa, oh dulce Virgen María! Hacedme devoto de Vos y de vuestro castísimo esposo.

Oración, pág. 26.

VIGESIMOSEXTA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Exultad y aclamad, moradores de Sión, pues grande es en medio vuestro el Santo de Israeal (Isaías, 12, 6). ¡Oh Dios, y qué consuelo deberíamos tener

los hombres, qué esperanzas y qué afectos, sabiendo que en medio de nuestra patria, en nuestras iglesias, vecino a nuestras casas, habita y vive en el Santísimo Sacramento del altar el Santo de los santos, el verdadero Dios, que es el mismo amor! No tan sólo tiene amor, sino Él mismo lo es, dice San Bernardo. Este Sacramento no sólo es Sacramento de amor, sino que es el mismo amor, el mismo Dios, que por el inmenso amor que tiene a sus criaturas se dice y es el mismo amor: *Dios es amor* (I Jo., 4, 16). Mas oigo que os lamentáis, Jesús mío sacramentado, diciendo: *Peregrino era y no me hospedasteis* (Mt., 25, 43). Vinisteis a ser nuestro huésped en el mundo por nuestro bien, y no os recibimos. Tenéis razón, Señor, tenéis razón; yo soy también uno de estos ingratos que os dejó solo, sin venir siquiera a visitaros. Castigadme como quisiereis, mas no con el castigo que merecía de verme privado de vuestra presencia; no, que quiero enmendar mi grosería y las desatenciones que con Vos he tenido. Quiero, de hoy en adelante, no sólo visi-

taros a menudo, sino detenerme con Vos cuanto pudiere. ¡Oh piadosísimo Salvador!, haced que os sea fiel y que inflame con mi ejemplo a los demás a haceros compañía en el Santísimo Sacramento. Oigo decir al Padre Eterno: *Este es mi Hijo muy amado, en quien me complazco* (Mt., 17, 5). De modo que mi Dios halla en Vos sus complacencias, ¿y no las hallaré yo, miserable gusanillo, de estar en vuestra compañía en este valle de lágrimas? ¡Oh fuego consumidor!, destruid en mí todos los afectos a las cosas creadas, porque sólo ellas me pueden hacer infiel y separarme de Vos. Vos lo podéis hacer si queréis: *Señor, si quieres, puedes limpiarme* (Mt., 8, 2). Ya que tanto hicisteis por mí, haced también esto: echad de mi corazón todo amor que no tienda a Vos. Mirad que me doy por completo a Vos y desde hoy consagro cuanto me restare de vida al amor del Santísimo Sacramento. Vos, Jesús mío Sacramentado, habéis de ser mi consuelo y mi amor en la vida y en la hora de la muerte, cuando vengáis a

servirme de Viático y conductor hacia vuestro dichoso reino.

Jaculatoria. — ¿Cuándo, Jesús mío, veré vuestro hermoso rostro?

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

En Vos, santísima Madre nuestra, hallaremos el remedio en todos nuestros males; en Vos, el sostén de nuestra flaqueza, como os dice San Germán; en Vos hallaremos la puerta para salir de la esclavitud del pecado, como os dice San Buenaventura; en Vos encontraremos, añade el santo, nuestra segura paz; en Vos, el auxilio en las miserias de la vida, según San Lorenzo Justiniano. En Vos, finalmente, hallamos la gracia divina y a Dios mismo, pues San Buenaventura os llama trono de la gracia de Dios, y Proclo, puente por el cual Dios baja a los hombres; feliz puente, por el que Dios, alejado por nuestras culpas,

pasa luego a habitar en nuestras almas con su gracia.

Jaculatoria.—¡Oh María, sols mi fortaleza, mi libertad, mi paz y mi salvación!

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Decía el apóstol San Pablo, cuando empezó a conocer el tesoro de la verdad, de gracia y de gloria que se encierra en Jesús, que no quería saber otra cosa que a Jesús, y a Jesús crucificado, y rogaba al Señor que se hiciese conocer de todos los cristianos para que no amasen más que a Él y en Él solo viviesen por la caridad, convencidos de que, conociendo a Jesús, no amarían, como Él, más que a Jesús. ¡Oh bendito Patriarca José, y qué lejos estoy yo de abrigar los sublimes deseos del apóstol, deseos comunes a todos los patriarcas y profetas, que no pensaban en otra cosa, exclamando: *Lloved, cielos, al Justo; ábrase la tierra y aparezca el Salvador!* Y es que aunque está muy cerca de mí y me lla-

ma cariñosamente, y me brinda con su cariño, no lo veo ni lo amo. Despertad, piadoso protector mío, en mi corazón un *deseo vehementísimo de conocer a Jesús*, para que venga a mi alma y la inunde de gracia, y despierte en ella un amor tan intenso, que nunca pueda vivir sin Jesús. ¡Qué dichoso sería yo si, como vos, tuviera siempre a Jesús en mi compañía y escuchara sus divinas inspiraciones y gozara de sus celestiales caricias! Haced que conozca a Jesús para que siempre ame a Jesús y nunca jamás me separe de Jesús.

Jaculatoria.—Haced, ¡oh bendito José!, que mi alma se deleite en el amor de Dios y en el deseo de conocerle.

Oración, pág. 26.

VIGESIMOSEPTIMA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Canta la santa Iglesia en el Oficio del Santísimo Sacramento: *No hay nación tan grande que tenga los dioses tan cerca de sí, como está junto a nosotros nuestro Dios.* Cuando los gentiles oían las obras de amor de nuestro Dios, llegaban a decirse: «¡Cuán bueno es el Dios de los cristianos, cuán bueno es!» A la verdad, aunque los gentiles fingían los dioses conforme a sus caprichos, con todo, leed las historias y veréis que en medio de tantas fábulas inventadas, nadie llegó a imaginar un dios tan enamorado de los hombres como lo es nuestro verdadero Dios, el cual, para demostrar su amor a sus adoradores y para enriquecerlos de gracias, obró este prodigio de amor de hacerse nuestro perpetuo compañero escondido día y noche en nuestros altares, como si no supiera

apartarse de nosotros un solo instante. *Hizo memorables sus maravillas* (Ps. 110, 4). Así que Vos, dulcísimo Jesús mío, quisisteis obrar el más portentoso de vuestros milagros para satisfacer el extremado deseo que tenéis de estar con nosotros, siempre vecino y presente ¿Y por qué huyen los hombres de vuestra presencia? ¿Cómo pueden vivir tanto tiempo lejos de Vos, y venir a visitaros tan raras veces? Un cuarto de hora en la iglesia les parece un siglo, por el tedio que allí sienten. ¡Oh paciencia de mi Jesús, cuán grande eres! Sí; lo entiendo, Señor mío, la paciencia es grande, porque es grande el amor que tenéis a los hombres, y esto es lo que os obliga a permanecer continuamente entre tantos ingratos.

¡Ah Dios mío!, que siendo infinito en vuestras perfecciones, lo sois también en el amor; no permitáis que de hoy en adelante me cuente yo en el número de los ingratos, como me conté en el pasado. Concededme un amor que corresponda a vuestros merecimientos y a mi obligación. Tiempo hubo en que también

yo experimentaba tedio en vuestra compañía, porque no os amaba u os amaba muy poco; mas si con vuestra gracia llego a amaros mucho, no me cansaré de perseverar días y noches junto a Vos sacramentado. ¡Oh Padre Eterno! Os ofrezco a vuestro mismo Hijo; aceptado, y, por sus méritos, dadme amor tan ferviente y tierno al Santísimo Sacramento, que, al dirigirme a alguna iglesia donde estuviereis sacramentado, piense y desee con ansia el tiempo de ir a recrearme en vuestra presencia.

Jaculatoria.—Dios mío, por amor de Jesús, dadme grande amor al Santísimo Sacramento.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

María es la torre de David, la cual llama el Espíritu Santo en el *Cantar de los Cantares*: *Rodeada de trofeos, mil escudos penden de Ella, todos escudos de héroes* (Cant., 4, 4); torre edificada con mil baluartes y con mil defensas y ar-

mas en beneficio de quienes a Ella acuden. Vos sois, pues, María Santísima, como os llama San Ignacio mártir, la defensa fortísima de cuantos se hallan en el combate. ¡Oh, qué asaltos me dan continuamente mis enemigos para privarme de la gracia de Dios y de vuestra protección, Señora mía amadísima! Pero Vos sois mi fortaleza, como decía San Efrén, y no os desdeñáis de combatir por quienes en Vos confían. Defendedme, pues, y combatid por mí, que tanto confío y espero de Vos.

Jaculatoria.—María, tu nombre es la defensa mía.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

A vos acudo humildemente, piadosísimo José; a vos acudo yo, miserable pecador. No me desamparéis; antes bien, acogedme bajo vuestra poderosa protección. Puesto que Dios, como dice Santa Teresa de Jesús, os nombró su ministro y tesorero universal para alivio

y consuelo de todas las almas, sean cuales fueren sus necesidades, de vos espero confiado el remedio de todas las mías, que son muchas y muy graves. Acogedme y consoladme con la bondad y compasión con que el José de la ley antigua acogió y consoló a sus desgraciados hermanos, hambrientos y desvalidos en tierra extraña. Yo también, como ellos, llevo sobre mi cabeza la maldición de mi Padre celestial, porque, como ellos, he vendido y entregado a la muerte a su Hijo muy amado Jesús, no por treinta monedas, sino por un mísero placer. Sed mi padre y protector, como aquél lo fue de sus desgraciados hermanos, y saciad el hambre cruel de gracia que me consume por haberme separado de mi Dios por el pecado. Aliviad mis necesidades con los tesoros puestos en vuestras manos por el Rey de la gloria, para que vuelva a su compañía esta su hija querida, mi alma, hecha esclava del demonio por la culpa. *Vos, que sois el consuelo de los pecadores*, consolad a éste que se pone humildemente bajo vuestra protección.

Jaculatoria.—¡Oh San José! Alumbradme en las tinieblas de este mundo, dirigid mis pasos y apartadme de la perdición.

Oración, pág. 26.

VIGESIMOCTAVA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Habiéndonos dado Dios a su mismo Hijo, dice San Pablo, ¿por qué temeremos nos haya de negar? Sabemos que el Eterno Padre todo cuanto tiene lo dio a Jesucristo. Agradezcamos, pues, siempre la bondad, la misericordia, la libertad de nuestro amantísimo Dios, que nos quiso hacer ricos de toda clase de bienes y gracias, dándonos a Jesús en el Sacramento del altar. *En todo fuisteis enriquecidos en Él..., hasta no estar faltos de ningún carisma* (I Cor., 5, 7). Así que, ¡oh Salvador del mundo, oh Verbo humanado!, puedo pensar que sois mío, y todo mío si yo quisiera. Mas, ¿puedo

igualmente decir que soy todo vuestro como queréis? ¡Ay, Señor mío!, haced que no se vea en el mundo el desconcierto e ingratitud de que yo no sea vuestro cuando Vos queréis. Nunca suceda así. Si así fue en lo pasado, no lo sea en lo futuro. Hoy me consagro decididamente a Vos; os consagro para el tiempo y la eternidad, vida, voluntad, pensamientos, obras y padecimientos. Soy todo vuestro, y, como víctima a Vos consagrada, me despido de las criaturas y me consagro enteramente a Vos, consumidme con las llamas de vuestro divino amor. No quiero que las criaturas tengan parte en mi corazón. Las señales que me disteis del amor que me tenéis cuando yo no os amaba, me hacen esperar que ciertamente me recibiréis ahora, que os amo y me entrego a Vos por amor.

Eterno Padre: os ofrezco todas las virtudes, actos y afectos del Corazón de vuestro amado Jesús. Aceptadlos por mí y por sus méritos, que todos son míos, pues Él me los ha dado. Concededme las gracias que Jesús os pide para mí. Con estos merecimientos, os doy tam-

bién gracias de tantas misericordias tenidas conmigo. Con éstos satisfago cuanto os debo por mis pecados; con éstos espero de Vos toda gracia: el perdón, la perseverancia, el cielo y, sobre todo, el don sumo de vuestro puro amor. Comprendo que soy quien a todo pone impedimento, mas esto Vos también lo remediaréis. Os lo ruego por amor de Jesucristo, el cual prometió: *Si alguna cosa pidiereis al Padre en nombre Mío, os la concederá* (Jo., 16, 23). Yo no quiero, Señor, sino amaros, entregarme enteramente a Vos, y dejar de ser ya tan ingrato y desleal como lo he sido hasta ahora. Miradme y oídmе; haced que hoy sea el día en que me convierta a Vos para nunca más dejar de amaros. Os amo, Dios mío; os amo, bondad infinita; os amo, amor mío, paraíso mío, bien mío, vida mía y mi todo.

Jaculatoria.—Jesús mío, todo mío, Vos me queréis y yo os quiero.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

¡Cuánto alivio siento en mis miserias, cuánto consuelo en mis tribulaciones, cuánto esfuerzo recibo en las tentaciones, cuando pienso en Vos y os llamo en mi ayuda, ¡oh dulcísima y santísima Madre mía! Sí, tenéis razón, santos, en llamar a mi Señora *puerto de atribulados*, como San Efrén; *alivio de nuestras miserias y consuelo de desgraciados*, como San Buenaventura; *remedio de nuestro llanto*, como San Germán. María mía, consoladme; me veo lleno de pecados, cercado de enemigos, sin virtud, frío en el amor de Dios. Consoladme, consoladme, y sea el consuelo hacerme comenzar una vida nueva que agrade en verdad a vuestro Hijo y a Vos.

Jaculatoria.—Mudadme, Madre mía, mudadme, que Vos lo podéis hacer.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Cuanto más os contemplo, glorioso Patriarca San José, más os admiro, y más motivos encuentro para alabar y bendecir a Dios, que premia a cada uno según sus méritos. ¡Con qué fidelidad respondéis al sublime destino que Dios os ha marcado, y con qué generosidad premia Dios vuestra fidelidad; Dios os hace padre nutricio de su Hijo santísimo y esposo de su bendita Madre, y como tal, Patriarca del pueblo cristiano y Patrón de su Iglesia santa, y vos correspondéis, como siervo fiel y prudente, consagrándoos por completo al cumplimiento de tan alta misión, sin reparar en sacrificios, mereciendo en recompensa la gloria eterna que gozáis en el cielo y las bendiciones y alabanzas que sin cesar os prodigan los hombres. ¡Cómo me confunde y avergüenza vuestra sublime conducta! Yo también he recibido de Dios una misión grandísima: la de conservar pura y hermosa mi alma, para entregársela cuando me lo exija sin

mancha de pecado y digna de Él. Pero, ¿cómo la desempeño? ¡Desgraciado! Olvidado enteramente de mi deber, sólo vivo para este cuerpo miserable que ha de ser pasto de los gusanos, y dejo mi alma a merced de su enemigo más cruel, que la degrada y envilece, convirtiéndola de hija hermosa del Rey de los reyes, en esclava vil del peor de los tiranos. *Hacedme*, protector mío, *conocer mi sublime destino*, para que siendo, como vos, un siervo fiel, merezca también, como vos, oír aquellas consoladoras palabras del gran Padre de familias: «Levántate, siervo bueno y fiel: entra en el gozo de tu Señor.»

Jaculatoria.—¡Oh pacentísimo José! Hacedme conocer la voluntad de Dios y que sea fiel a ella.

Oración, pág. 26.

VIGESIMONONA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Yo estoy a la puerta y llamo (Apoc., 3, 20). ¡Oh Pastor amantísimo, que por amor de vuestras ovejuelas, no satisfecho con haber muerto una vez sacrificado en el ara de la cruz, quisisteis, además, quedaros oculto en este divino Sacramento en los altares de nuestras iglesias, para estar siempre cerca de nosotros y llamar a la puerta de nuestros corazones para entrar en ellos! ¡Ah, si yo supiese gozar de vuestra proximidad como gozaba la Esposa de los Cantares, la cual decía: *Me senté a la sombra de Aquel a quien había deseado* (Cant., 2, 3). ¡Ah, si yo os amara, si os amara de veras, amabilísimo Sacramento! Entonces sí que desearía no apartarme del Tabernáculo ni de noche ni de día, y quedándome junto a vuestra Majestad, aunque encubierta bajo la aparente sombra

de las sagradas especies, hallaría aquellas delicias divinas y aquel contento que hallan vuestras almas enamoradas. Atraedme con los amores de vuestra hermosura y del inmenso amor que manifestáis en este Sacramento. Sí, Salvador, Redentor mío; dejaré entonces las criaturas y todos los placeres terrenos para correr apresurado hacia Vos sacramentado. *Tus hijos, cual renuevos de olivo, en torno a tu mesa* (Ps., 127, 3). ¡Oh qué frutos de santas virtudes ofrecen a Dios, a modo de renuevo, las almas dichosas que rodean con amor los sagrarios ¡Me avergüenzo de presentarme ante Vos, Jesús mío, desnudo y desprovisto de virtudes. Tenéis ordenado que el que venga al altar a honraros no vaya sin algún don que ofreceros. Pues ¿qué he de hacer? ¿No volver más a visitaros? No, que esto no os agrada. Vendré, pobre cual soy, y Vos me proveeréis de los dones que de mí queréis. Veo que os quedáis en este Sacramento no sólo para remediar a vuestros amantes, sino para proveer también a los pobres con

vuestros bienes. ¡Ea, pues, Señor, comenzad desde hoy!

Os adoro, Rey de mi corazón, verdadero amante de los hombres, Pastor enamorado de vuestras ovejuelas; y a este trono de vuestro amor me acerco ahora; como no tengo más don que ofrecer, os presento mi miserable corazón, para que del todo quede consagrado a vuestro amor y beneplácito. Con este corazón puedo amaros, y con él os quiero amar cuanto pueda. Atraedlo, pues, y unidlo enteramente a vuestra voluntad, para que yo, también, de hoy en adelante, pueda decir contento como decía vuestro amado discípulo, que estoy *prisionero de Cristo Jesús* (Ef., 3, 1). Unidme, Señor mío, del todo con Vos y haced que me olvide de mí mismo, a fin de que llegue un día en que venturosamente me desprenda de todas las cosas y hasta de mí mismo para hallaros a Vos solo, amándoos siempre. Os amo, Señor mío sacramentado, a Vos me entrego, a Vos me uno; haced que os halle, haced que os ame, y no os apartéis ya más de mí.

Jaculatoria.—Jesús mío, Vos solo me bastáis.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

San Bernardo llama a María *camino real del Salvador*; camino seguro para hallar al Salvador y la salvación. Pues si es verdad, ¡oh Reina!, que sois, como dice el mismo santo, el vehículo de nuestras almas a Dios, ¡ah Señora!, no esperéis que yo llegue a Él si Vos no me lleváis en brazos. Llevadme, llevadme, y si me resistiere, llevadme a la fuerza; obligad a mi alma, con los dulces atractivos de vuestra caridad, a dejar las criaturas y buscar sólo a Dios y su divina voluntad. Mostrad al cielo lo poderosa que sois; mostrad, después de tantos prodigios, este otro prodigio de vuestra misericordia, uniendo enteramente a Dios a quien tan lejos de Dios estaba.

Jaculatoria.—¡Oh María!, Vos podéis hacerme santo; de Vos lo espero.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Ya sé, bendito Patriarca José, que mi primer deber es conocer a Dios para servirlo con todas mis fuerzas y amarlo sobre todas las cosas, y conseguir, amándole y sirviéndole, el fin para que he sido creado, esto es, poseerle y gozarle eternamente; pero como hay muchos caminos para subir al cielo, así como en éste hay muchas mansiones, ¿cuál es el que Dios quiere que yo siga para tomarle y hacer en todo su divina voluntad? Vos, que merecisteis que el Señor, por medio de un ángel, os declarase sus altos designios, y los obedecisteis ciegamente, mereciendo con este acto de filial sumisión ser encumbrado sobre todas las criaturas, exceptuada solamente vuestra divina Esposa, alcanzadme la gracia de conocer claramente mi destino sobre la tierra, para cumplirlo. *Hacedme conocer mi vocación*, y, una vez conocida, conseguidme las gracias necesarias para arrollar varonilmente todos los obstáculos que el demonio me ponga

por delante, diciendo con el glorioso San Luis Gonzaga: «¿Qué tiene que ver esto con la eternidad? ¿Qué tiene que ver esto con mi vocación?» Proteged, piadoso Patriarca, a este vuestro humilde hijo que confía en vos, y no consintáis que emprenda un falso camino que le conduzca a la eterna perdición.

Jaculatoria.—¡Felicísimo San José! Hacedme conocer mi vocación y la gracia de corresponder a ella.

Oración, pág. 26.

TRIGESIMA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

¿Por qué escondéis vuestro rostro? (Job, 13, 24). Job temía el ver que Dios le escondía su rostro; mas el saber que Jesucristo en el Santísimo Sacramento oculta su majestad, no nos debe causar temor, sino más bien confianza y amor;

porque precisamente para aumentar nuestra confianza y manifestarnos aún más su amor, se quedó en los altares escondido bajo las especies de pan. Novarino dice que Dios, al ocultar su rostro en este Sacramento, nos patentiza su amor. Y, en efecto, ¿quién se atrevería jamás a acercarse a Él confiadamente y manifestarle sus deseos si este Rey del cielo descubriera en los altares los esplendores de su gloria? ¡Ah, Jesús mio!, ¿qué invención puede haber más amorosa que ésta del Santísimo Sacramento, en el cual os ocultáis bajo las apariencias de pan, para haceros amar y hallar en la tierra de quienes os desearan? Razón tenía el profeta de decir que clamasen los hombres y pregonasen por todo el mundo hasta qué punto llegan las invenciones del amor que nos tiene nuestro buen Dios: *Alabad a Yavé, invocad su nombre; dad a conocer sus acciones entre los pueblos* (Is., 12, 4). ¡Oh Corazón amantísimo de mi Jesús, digno de poseer todos los corazones de las criaturas, corazón lleno y siempre lleno de llamas de purísimo amor; oh fuego con-

sumidor!, consumidme del todo y dadme nueva vida de amor y de gracia. Unidme de tal forma a Vos, que nunca más me vuelva a separar. Corazón abierto para ser refugio de las almas, recibidme. Corazón en la cruz atormentado por los pecados del mundo, dadme verdadero dolor de mis pecados. Sé que en este divino Sacramento conserváis los mismos sentimientos de amor que por mí teníais al morir en el Calvario, por lo que deseáis vivamente unirme del todo a Vos. ¿Y será posible que aún resista yo a entregarme del todo a vuestro amor y deseo? ¡Ah, amado Jesús mío!, por vuestros merecimientos, heridme, atadme, sujetadme, unidme estrechamente a vuestro Corazón. Resuelvo este día, ayudado de vuestra gracia, daros todo el gusto posible, pisoteando los respetos humanos, inclinaciones, repugnancias, gustos, comodidades que me puedan impedir el contentaros por completo.

Haced, Señor mío, que lo ejecute de modo que desde ahora todas mis obras, sentimientos y afectos se conformen en

todo con vuestro querer. ¡Oh amor de Dios!, quitad de mi corazón todos los demás amores. ¡Oh María, esperanza mía! Ante Dios todo lo podéis: alcanzadme la gracia de ser fiel siervo del puro y abrasado amor de Jesús hasta la muerte. Amén, amén. Así lo espero. Así sea, en el tiempo y en la eternidad.

Jaculatoria.—¿Quién nos apartará del amor de Cristo?

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

San Bernardo afirma que la caridad de María con nosotros no puede ser ni mayor ni más poderosa de lo que es; por lo que siempre se complace en compadecernos con su afecto y socorrernos con su poder. Siendo, por tanto, purísima Reina mía, rica en poder y rica en misericordia, podéis y deseáis salvarnos a todos. Os rogaré, pues, hoy y siempre, con las palabras del devoto Blosio: ¡«Oh Señora,!, protegedme cuando lucho y sostenedme cuando vacilo. María Santí-

sima, en esta gran batalla en que me encuentro luchando contra el infierno, socorredme siempre, y cuando me veáis vacilante y próximo a caer, ¡oh Señora mía!, tendedme entonces la mano con más presteza y sostenedme con más fuerza. ¡Quién sabe, Dios mío, las tentaciones que aún habré de vencer hasta la muerte! No permitáis, esperanza mía, refugio mío, fortaleza mía, María, que vuelva a perder la gracia de Dios, que ya estoy resuelto a acudir siempre y con presteza a Vos en todas las tentaciones, diciendo:

Jaculatoria.—Ayudadme, María; María, ayudadme.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Gloriosísimo Patriarca San José: Vos, que tuvisteis la dicha singular de andar toda la vida por los caminos del Señor y jamás os separasteis de ellos, recibiendo como recompensa la gracia de morir la muerte del justo entre las tiernas ca-

ricias de Jesús y de María. ¡oh qué dicha tan sublime!, alcanzadme la gracia de marchar siempre por el camino de los Mandamientos y de no separarme nunca de él, para que, así como a vos os dijo el Señor cuando quiso poner fin a vuestro destierro: *Levántate y vuelve a la tierra de Israel*, también a mí me diga Jesucristo al fin de mi vida: *Levántate, bendito de mi Padre, y ven conmigo a tomar posesión del reino que te tengo preparado desde el principio del mundo*. Haced que, así como vos dejasteis sin pena la tierra extraña de Egipto, porque vuestro corazón no latía más que para Jesús y María, porque ellos constituían vuestro único tesoro, tampoco yo sienta abandonar este mundo por tener puesto mi corazón en el cielo, donde están Jesús y María, únicos objetos de mi amor. No me abandonéis hasta conseguir unirme con ellos y con vos.

Jaculatoria.—¡Oh santo amado, sed nuestro consuelo, e inspiradnos obras dignas de merecer la gloria eterna!

Oración, pág. 26.

TRIGESIMOPRIMERA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

¡Qué espectáculo tan bello fue contemplar a nuestro dulce Redentor en aquel día en que, fatigado de caminar, se sentó apacible y amoroso, junto a la fuente, esperando a la samaritana para convertirla y salvarla! *Jesús, pues, fatigado del camino, se sentó, sin más, junto a la fuente* (Jo., 4, 6). Así también se diría que Él mismo se entretiene ahora con nosotros diariamente, bajando del cielo a nuestros altares, como a tantas otras fuentes de gracias, esperando y convidando a las almas a que le hagan compañía, a lo menos por algún tiempo, a fin de atraerlas así a su perfecto amor. Desde todos los altares en que está Jesús sacramentado diríase que habla y dice a todos: «Hombres, ¿por qué huís de mi presencia? ¿Por qué no venís y os acercáis a Mí, que tanto os amo, y

que por vosotros estoy aquí tan humillado? ¿Qué teméis? Ahora no vine al mundo a juzgar, sino que me oculto en este Sacramento de amor sólo para hacer bien y salvar a todos los que acuden a Mí.» *No vine para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo* (Jo., 12., 47). Entendamos, pues, que así como Jesucristo está en el cielo, *siempre viviente para interceder a favor de ellos* (Hebr., 7, 25), así también en el Sacramento del altar está continuamente, día y noche, haciendo este piadoso oficio de abogado nuestro, ofreciéndose al Eterno Padre como víctima para alcanzarnos de Él innumerables misericordias y gracias. Por esto decía el devoto Kempis que habíamos de acercarnos a hablar a Jesús sacramentado sin temor a sus castigos y sin encogimiento, sino como habla el amigo con el amigo.

Ya, pues, que me lo permitís, dejad, ¡oh invisible Rey mío y Señor!, que os abra mi corazón confiadamente y os diga: ¡Oh Jesús mío, oh enamorado de las almas! Conozco bien el agravio que os hacen los hombres. Vos los amáis. y

no sois amado; les hacéis bien, y recibís desprecios; queréis hacerles oír vuestra voz, y no os escuchan; les ofrecéis vuestras gracias, y las desprecian. ¡Ah, Jesús mío!, ¿y será verdad que también yo hice causa común con estos ingratos para ofenderos? Demasiado cierto es, Dios mío; pero resuelvo enmendarme y compensar en los días que me resten de vida los disgustos que os di, y hacer cuanto pudiere por complaceros y agradaros. Decid, Señor, qué es lo que queréis de mí, pues todo lo quiero hacer sin reserva; dádmelo a entender por medio de la santa obediencia, y espero ejecutarlo. Dios mío, os prometo con toda firmeza no omitir desde hoy cosa alguna que entienda ser de vuestro mayor agrado, aun cuando tuviere que perderlo todo: parientes, amigos, estima, salud y hasta la vida. Piérdase todo, con tal que os dé gusto a Vos. ¡Pérdida dichosa cuando se pierde y sacrifica todo por contentar a vuestro Corazón! ¡Oh Dios de mi alma! Os amo, sumo bien, más amable que cualquiera otro bien, y para amaros uno mi pobre corazón a los

corazones con que os aman los serafines; lo uno al Corazón de María y al Corazón de Jesús. Os amo con todo mi ser, y sólo a Vos quiero amar, y siempre a Vos sólo quiero amar, y sólo a Vos quiero y me propongo amar para siempre.

Jaculatoria.—¡Dios mío, Dios mío, vuestro soy y Vos sois mío!

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Dice el beato Amadeo que nuestra felicísima Reina María está continuamente en la presencia divina, ejerciendo el oficio de abogada nuestra e interponiendo sus súplicas, que son poderosísimas ante Dios. Porque, añade, Ella ve nuestras miserias y peligros, que, como clementísima Señora, compadece y remedia con amor de Madre. De modo, Abogada y Madre mía amorosísima, ¿ahora mismo veis las miserias de mi alma y mis peligros, y estáis rogando por mí? Ro-

gad, rogad, y nunca dejéis de rogar, hasta que me veáis salvo y dándoos gracias de ello en el cielo. Vos, después de vuestro Unigénito, dice el devoto Blois, sois, dulcísima María, la segura salvación de cuantos son vuestros siervos fieles. Hoy os pido esta gracia: concedme la dicha de ser vuestro fiel esclavo hasta la muerte, para que después de ella vaya a bendeciros al cielo, seguro de no volver ya a apartarme de vuestras sagradas plantas, mientras Dios sea Dios.

Jaculatoria.—¡Oh María, Madre mía, haced que sea siempre vuestro!

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

¡Oh glorioso Patriarca José! Grande fue vuestra misión en la tierra, crueles las tribulaciones que llenaron de amargura vuestro corazón y terribles las pruebas a que os sometió el Señor durante vuestra vida santísima; pero no

fue menos grande el heroísmo con que luchasteis hasta el fin, ni menos dulces los consuelos con que os regaló el Señor, ni menos gloriosa y magnífica la corona de vuestro triunfo. ¡Qué muerte tan preciosa la vuestra! La tierra os despide colmándoos de bendiciones, los cielos os reciben con júbilo, los ángeles entonan en vuestra alabanza himnos de celestial armonía, Jesús y María os abrazan cariñosamente, y el Padre Eterno os ciñe la diadema de la eternidad. Con razón dice la Sagrada Escritura que la muerte de los santos es preciosa a los ojos del Señor.

Pedid, bendito protector mío, pedid a Jesús que me conceda *una muerte tan dichosa como la vuestra*. Decidle que hable a mi corazón, infundiéndole un amor ardiente, una esperanza inquebrantable y una fe sin límites, para que, amándolo sobre todas las cosas y confiado sin vacilaciones en sus divinas promesas, logre, como vos, una dichosa muerte, principio de una felicidad sin límites. ¡Qué feliz sería yo si muriese, a imitación

vuestra, entre los brazos de Jesús y de María!

Jaculatoria.—¡Santo protector! Que merezca, por vuestra intercesión, una dichosa y santa muerte.

Oración, pág. 26.

INDICE

	<i>Págs.</i>
DEDICATORIA: A María, Madre de Dios, siempre Virgen e Inmacu- lada	5
AL LECTOR	7
INTRODUCCIÓN:	
I.—De la visita al Santísimo Sa- cramento	9
II.—De la visita a María Santí- sima	16
III.—De la comunión espiritual ...	19
Acto para comulgar espiritualmente.	21
Oración preparatoria	22
Súplica a María Santísima, para to- dos los días, después de su visita.	24
Súplica a San José, para todos los días, después de su visita	26
Día primero	26
— segundo	33
— tercero	38
— cuarto	43

Día quinto	48
— sexto	54
— séptimo	59
— octavo	65
— noveno	70
— diez	75
— once	82
— doce	88
— trece	93
— catorce	99
— quince	105
— dieciséis	111
— diecisiete	116
— dieciocho	122
— diecinueve	128
— veinte	134
— veintiuno	140
— veintidós	147
— veintitrés	152
— veinticuatro	159
— veinticinco	166
— veintiséis	171
— veintisiete	177
— veintiocho	182
— veintinueve	188
— treinta	193
— treinta y uno	199